PREGON DE SEMANA SANTA

VALLADOLID

1972

FA - C.1-50

Pronunciado por el Excmo. Sr. D. Alejandro Rodríguez de Valcárcel

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL

FA-C1-50

FOL 4029-1

ARCHIVO VALLADOLID MUNICIPAL

Biblioteca del Archivo

1323587
FA - C.1-50

R 17924

Pregón de Semana Santa pronunciado por el Excelentisimo Sr. D. Alejandro Rodríguez de Valcárcel y Nebreda, Presidente de las Cortes Españolas y del Consejo del Reino, en la Capilla del Museo Nacional de Escultura Policromada de Valladolid el día 22 de marzo de 1972

SERVICIO DE INFORMACION
Y DE PUBLICACIONES DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
VALLADOLID

DEPOSITO LEGAL: VA. 301 - 1972

FOTOGRAFIA: CARVAJAL

IMPRIME: SEVER-CUESTA. PRADO, 10 - VALLADOLID, 1972

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL

CON este pregón, pronunciado por el Excmo. Sr. don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, el 22 de marzo de 1972, en la Capilla del Museo Nacional de Escultura de Valladolid, se han cumplido las Bodas de Plata del Pregón de la Semana Santa vallisoletana. Desde el comienzo de esta solemne tradición que sirve de prólogo y anuncio, cada año, a las conmemoraciones religiosas de la Semana Mayor, veinticinco ilustres personalidades de las artes, las letras, la oratoria y la política han ocupado la tribuna de pregoneros para, desde ella, con el corazón en los labios, exaltar la austeridad, la sencillez y el silencio de nuestros desfiles penitenciales.

Vaya desde estas líneas un recuerdo especial para don Joaquín Zuazagoitia y don Lope Mateo, ya fallecidos. Vaya, también, el agradecimiento de Valladolid, de la Corporación Municipal y de la Junta de Semana Santa, para esos veinticinco ilustres oradores que han llenado estos veinticinco años con sus cálidos y emotivos pregones.

Como un sencillo homenaje a esos pregoneros, la Corporación Municipal de Valladolid ha querido

incluir aquí —al frente de la edición del texto del pregón que ha cumplido las Bodas de Plata— la relación de:

PREGONEROS DE LA SEMANA SANTA

1948: Francisco de Cossío.
1949: Francisco Javier Martín Abril.
1950: Joaquín de Zuazagoitia.
1951: Pedro Gómez Aparicio.
1952: Dionisio Ridruejo.
1953: Jesús Suevos.
1954: Lope Mateo.
1955: Marcelo González Martín.
1956: José Maria Luelmo Soto.
1957: Francisco Pino.
1958: Adolfo Muñoz Alonso.
1959: Francisco Mendizábal.
1960: Ramón Ferreiro.
1961: Gratiniano Nieto.
1962: Joaquín Calvo Sotelo.
1963: Blas Piñar.
1964: José A. Vaca de Osma.
1965: Gaspar Gómez de la Serna.
1966: José M.ª del Moral y Pérez de Zayas.
1967: José Camón Aznar.
1968: Manuel Ferrandis Torres.
1969: Rafael Duyos.
1970: Luis Suárez Fernández.
1971: Jaime de Foxá.
1972: Alejandro Rodríguez de Valcárcel.

¡VALLADOLID ES MI CIUDAD!

SEÑORAS, EXCMO. Y RVDMO. SEÑOR, EXCMOS. SEÑORES, SEÑORES, AMIGOS:

DE que no es baladí la amistad, acaba de dar testimonio Antolín Santiago Juárez, Alcalde de Valladolid. Sus palabras cargadas de cordial afecto, de camaradería, están determinadas más por esos sentimientos, que por una razón de estricta justicia. Pero ello no es obstáculo para que, en gracia a esos mismos sentimientos, en razón a su tremenda generosidad, yo le diga, sin retórica, con laconismo, gracias.

Fiel al honor y a la responsabilidad, vengo a pronunciar un pregón; nada más que el pregón de la Semana Santa de Valladolid.

Porque pretendo imponer a mis actos la exigencia del rigor, y no es éste mi oficio, ni tampoco es mi mérito capaz, por sí, de suceder a las voces autorizadas, legitimadas, magistrales de la palabra y el estilo, que antes, con galanura y acierto, ocuparon esta misión, he debido acudir al diccionario de la Real Academia Española para buscar la definición de la palabra pregón, y que ella constituyera, también en la fidelidad como tutela, mi guía y mi exigencia. Y dice así la Academia: «Promulgación o publicación que en

voz alta se hace, en los sitios públicos, de *una cosa que conviene que todos sepan*».

Pues bien, esta acepción del vocablo pregón, la haré armonizar con la intención y el espíritu con que vengo a hablaros. Y creo en verdad, que lo que voy a deciros, acaso disonante en lo que era vuestro propósito escuchar y aunque no acierte a decirlo con la brillantez con que otros lo hicieran, entiendo que *conviene mucho que todos lo sepáis*. Y yo el primero. Y hasta puede justificarse y disculparse la merma de aptitudes, porque nada necesita, del halago de la forma, la fuerza tremenda y eternal de un pregón de Semana Santa en Valladolid.

Pero antes quiero pediros perdón, porque permitáis a mi ánimo la proclamación de una satisfacción, por mía intrascendente, pero íntima, profunda. La satisfacción del reencuentro con esta ciudad querida de Valladolid. Si para un burgalés como yo, Valladolid es siempre su propia tierra, para los que creemos que no se es tan sólo de donde se nace a la vida, sino también de «donde se nace al amor», Valladolid es mi ciudad. «Que hay otro ser —lo diré con el verso de Salinas— por el que miro el mundo y que me está queriendo con sus ojos».

¡VALLADOLID es mi ciudad! Cada ciudad tiene su latido, su paisaje físico, histórico y humano, su origen y su destino. Un pensador español, bueno siempre para recordarle y más al recordar el amor, porque enamoró y sigue enamorando a la juventud, dramático, casi con drama de

pasión, afirmaba que España era una unidad de destino en lo Universal. Pues bien, con un sentido de unidad, con las vivencias que nacen del surco de sus campos, que testifican en hitos de la historia sus piedras, que dan forma y estilo su austeridad, que dan vida dinámica de permanente saber estar, en avanzada de creaciones y esperanza, en la vanguardia siempre de la obra solidaria, cargada de saberes y actitudes y humildades, ensamblando continentes, en la voluntad fecunda de su estirpe y de su esfuerzo, Valladolid es el alma de esa unidad de destino en lo universal que llamamos España.

En un libro reciente vuestro, uno de los grandes poetas de esta tierra grande, de poetas grandes, recordaba el «villa por villa, Valladolid en Castilla». Castilla «la de la tierra absoluta, la del cielo absoluto», donde aún se pueden oler los humos de los castros y las cenizas de las hogueras de las majadas, es también la ciudad llana que denominaría Azorín; la ciudad de ese campo, al que el hombre sale con la mies a cuestas, para todas las tierras de esta Castilla matriz, que ha recibido a veces la ingratitud de confundir su sencillez heroica y trascendente, con la intrascendencia, o con la pobreza, o con la tristeza. ¿Qué tiene que ver la serenidad, la austeridad y la autenticidad, con la tristeza? Castilla es sosegadamente alegre.

Aquí, donde los sembrados se pierden en el horizonte azul, donde cantan las alondras el himno del amor, donde los bosques se plenan de espesuras, donde las cristalinas fuentes son de rumoroso sonido y corriente plateada, donde los valles son nemorosos y recogidos. Aquí, en esta tierra de adobado vino, de las tierras de pan llevar, de los ocres, del azul del cielo, de los blancos de las nubes y de los cirros, donde todo es orgía de color y de ritmo en las alboradas y

en los atardeceres. Aquí donde todo, sentimientos, afanes, dolores, esperanzas, ilusiones, tiene esa seria y serena alegría de Castilla, abierta como el cauce de sus ríos a todas las culturas, abierta a la alegría de rosas y amapolas, de pámpanos y de espigas; abierta a la alegría desde la felicidad de sus raíces que hacen ya decir a Guillén «...cuando los años felices, brotaron de mis raíces, tú, Valladolid profundo».

No es Castilla ya «el polvo y la fatiga de la estepa castellana» del verso machadiano. Frente al injusto «quién ha llamado tierra de campos, a lo que sólo son campos de tierra», nosotros hemos de decir que sí, que son campos de tierra, de tierra donde el sol se mira y se siembra para nacer dorado en la mies fecunda que dora la esperanza, el hambre y la voluntad, como doró la historia de las gestas y de los hombres que hicieron la propia historia.

Por eso y por todo, Valladolid, cuando un burgalés se encuentra otra vez contigo, sobre tu suelo, quiere utilizar a un tremendo olvidado, a un injusto olvidado; el de aquel gran pensador de una generación tan determinante en la vida española de nuestro siglo, como fue Francisco Grandmontagne, quien al situar las mejores fábricas de un gran producto universal español: el buen castellano, el habla antañona del ancestral poema del Cid, y de vuestro romántico poeta Zorrilla, al pronunciar un discurso como mantenedor de unos juegos florales en esta ciudad, proclamaba «Saludo en ti, Valladolid, a Castilla, eterna en la historia, viva en la realidad, inmortal en el porvenir...»

ESTAMOS en el umbral de la Gran Semana. Y que lo estamos, lo percibimos en el aire, en nuestro entorno, en nuestro ser. La memoria del hombre nos trae, otra vez, la Semana Santa. España, acaso como ninguna otra tierra del mundo, vive los días de la Pasión, hasta el extremo de que parece que estos días, son más esencialmente españoles que los otros. El drama de la Pasión es como un patrimonio español, porque sobre el escenario inmenso de España, el cielo levanta su telón, para que vean las estrellas, orquestado por la mano invisible de la fe, el concierto espectáculo, de las aldeas, de las ciudades, del pueblo entero de España.

Los días de la Pasión, hacen luz para sus noches; el camino y la plaza sustituyen a las estrellas; las bridas del corcel de las velas, en andas de las gentes, en oleaje de muchedumbre encapirotada, callada y silenciosa, sigue los pasos al estremecedor recuerdo.

Las plazas, las ciudades, los pueblos, la tierra toda de España, es en estos días un surco abierto a la amargura, donde cada año siembra el Redentor, la sangre del amor eterno.

En la Semana de Pasión, a España le baja a la calle, el oro del sol y la plata de la luna, y arde el fuego sin consumirse, en rostros, en manos, en actitudes. La tierra se llena de cielo y el cielo se cuaja de tierra.

Las cuestas se hacen llanas y las calles se alargan, obedeciendo al viento y al aliento que empuja los «pasos». Y hasta los ríos discurren más lentos, quieta el agua para esperar al «paso» bajo los puentes. Y parece como si hasta los árboles —álamos y chopos de nuestras riberas, de nues-

tros caminos, robles y encinas de nuestros altozanos—, echaran a andar, puesto su capuchón de verde esperanza.

Pero ésto ¿es sólo atavismo, es mera expresión superficial?, ¿es un sentimiento unánime de la prieta gavilla de múltiples temperamentos que integran los pueblos de España?, ¿es la grandeza de profundo repertorio de fervores, en fabulosa explicación de la afirmación de la fe?, ¿o es que el pueblo español sale gallardamente al paso de quienes nos quieren oscuros, recogidos en el último rincón, casi vergonzantes de nuestra firmeza, de nuestra convicción de luz, de nuestro asidero inmortal?, ¿o es que este pueblo del trágico destino, del trágico sentimiento ante la muerte, encuentra ahí la más humana de su interpretación?

No es una casualidad, es el sino y el carácter de este pueblo que, hasta para su fiesta nacional ha hecho por excelencia un juego trágico del presentimiento de la muerte. ¿No será que el español que juega con la muerte, sabe como nadie que la muerte no es un juego? Y lo sabe a través del diálogo de la vida, del trágico diálogo que Cristo, en la cruz, representa. El diálogo del sentimiento de la vida, en el contacto del tiempo con la realidad. En la sensación de prestar a la existencia una dimensión dramáticamente exaltada y vital. Pero, por encima de todas las circunstancias, encontraremos en el ser español, la razón metafísica de estos desfiles procesionales que dan a nuestra Semana Santa una fisonomía inconfundible.

JESUCRISTO provoca cada año, el reencuentro con la humanidad entera y es este hallazgo de oportunidad, el milagro para que las potencias del alma se enciendan y sublimen, para que al enfrentarse cara a cara con el misterio de la redención, se desborde el genio del arte, de la literatura, de la belleza, del humanísimo sentimiento.

Y en esa fuerza sobrecogedora que convierte a la geografía de España con su caudal penitencial, en la gravidez del profundo repertorio de fervores, Valladolid participa de una manera tan singular, que sin jactancia, ni presunción, difícilmente puede encontrar parigual.

Aquí no hay Gólgota de curiosidades, y yo diría que ni de costumbres. En Valladolid las imágenes, el pueblo, el paisaje y los misterios, se funden en un canto de alta teología, testimonio de la unión de esta tierra con Dios.

Valladolid, es estos días relicario de nuestra España mística, que espiritualiza a la luz, al fuego, al aire, al agua, a las flores, a los pájaros, a los hombres, dándoles las luces de tenue resplandor que necesitan, para alumbrar «la noche oscura del alma», de esta Humanidad doliente, o como dice vuestro Francisco Pino: «Viajero, aquí hallarás la maravilla — de la tierra que al cielo se apresura — y abrazándose a él — te lo asegura. — Tan sólo aquí, en el centro de Castilla».

En nuestro tiempo, tiempo estremecido, torturado, las congojas crecen, y con ellas crece también ese algo indeterminado, que ni las resuelve, ni las calma, el ambicioso anhelo de una gloria sin cruz, cuando la verdad es que tenemos que resignarnos a llevar cada uno su cruz y por la absoluta e

indeclinable exigencia de la solidaridad de cristianos, a cargar también con la cruz colectiva, con la cruz de todos.

La cruz es la imagen del hombre y le da calor de ser humano, sobrenatural y único, sobrecogedor y amparador, en ese cuerpo de varón silencioso y clavado eternamente. «Cruz es estar sin cruz ni un solo día». Su serenidad no es la de la inercia, sino la de la omnipotencia, desde la cruz colocada en la clave del universo, invitándonos a asumir con gozo el dolor de los demás, porque no ha sido otra la lección que a la tierra vino a darnos Dios, convertido en Cristo. Ni otra debe ser la respuesta que estos días nos exigen, en su mandato de realizarnos en todos nuestros actos con instinto fraterno, sin segundas intenciones egoístas, como el autor del soneto, «no me mueve mi Dios para quererte, el Cielo que me tienes prometido...», ya la noble corazonada nos avisa de que el premio y la compensación, si la mereciéramos, nos aguarda más allá de estos límites temporales. Y todo nos clama, frente al hedonista pretender una gloria sin cruz, la necesidad de alzar la cruz, sabedores de que *no hay cruz sin gloria,* ni cuerpo sin alma, ni Viernes Santo sin Domingo de Resurrección.

Inmensa expresión esta de la Semana Santa, de los desfiles procesionales, del multitudinario espectáculo de religiosidad, entre silencios y redobles de tambores, entre letanías y cantos litúrgicos. Bien están los desfiles y los redobles si sus ecos llegan con la misma profundidad que transmiten la belleza, al fondo de nuestra conciencia. El brillo externo de la Semana Santa, su aparato, es hermoso, pero no puede dejar de tener otro destino por la vía de contribuir a mantener una tradición y a lucir el arte y la inspiración de nuestros gloriosos imagineros, que el de impulsarnos a promover otras más íntimas y conmovedoras procesiones: las

que deben desfilar por dentro de cada uno de nosotros, por las anchas calzadas y, también, por los angostos pasadizos de nuestras conciencias.

Sí, se aproximan días muy adrede para hacer severos balances dentro de nosotros mismos. Si la humanidad los necesitó en todo tiempo, en la época en que vivimos, se demanda con más fuerza la exigencia. La abierta exigencia de la autenticidad, del valor, de la limpia y llana franqueza. De cuanto nos haga que al vestirnos de cofrades y al ocultar nuestras caras debajo de los capuchones, no nos impida afrontar, decididamente, lo que con palabras vulgares, pero expresivas, aquí en Castilla llamamos «dar la cara». Expresión clara y cabal que tenemos que dignificar, elevándola a un plano de valiente y elegante significación cristiana, como de confesión cara al público. Como de proclamación de estilo. Es preciso que la Semana de Pasión, la Semana de meditación, nos sirva, no sólo para ver más de cerca la cara de Cristo, en el semblante de Su dignidad, de Su dolor y de Su amor, sino también, sobre todo, para presentarnos ante el prójimo tal como somos, a rostro y a conciencia desnudamente descubiertos.

Y no hay otro escenario, otro campo mejor, otro templo abierto más fervoroso para estos ejercicios espirituales, que esta ciudad de Valladolid, convertida en templo del dolor y la esperanza. Esta ciudad cuyo museo de escultura religiosa, equivale a una española Capilla Sixtina de los sacros maderos, labrados por las gubias de Francisco de Rincón,

el innovador, o de aquel estremecedor y estremecido divino artesano, Alonso de Berruguete, o del Miguel Angelesco Juan de Juni, impresionante sinfonía de lenguas de fuego y huracanes reducidos a la serenidad, o de Gregorio Fernández, el sosiego iluminado desde su vocación de santo, o de Pedro de la Cuadra, o de Juan de Avila...

¡Con qué iluminadora virtud del cielo, acertaron estos supremos imagineros, esencia y síntesis de la estatuaria religiosa española, a imprimir al leño vuelo ascendente y a encerrar en la serena mueca, dolora de los cristos agonizantes, todo el mensaje de la redención!

En la medida de nuestra pequeñez, ellos son la llamada para que aprendamos la lección del Divino Maestro, para que esta lección nos induzca a abdicar de nuestros personalismos y a sentir como propios los sufrimientos ajenos, en la medida en la que hasta aquel acongojado don Miguel de Unamuno, tantas veces acusado de ególatra y yoista, muchas otras veces, adoptó la posición contraria, la tocada por el mensaje evangélico, como cuando termina uno de sus sonetos con esta afirmación categórica de generosidad y cálida de fraterna efusión: «Solo el común dolor nos santifica».

Ya la impresionante sensación de los Cristos agonizantes de nuestros imagineros, ha de unirse la evocación de nuestras mater dolorosas, de nuestra piedad. Es en los pasos procesionales consagrados a la Virgen, donde nuestros escultores imprimen a sus tallas y a sus modelados, delicados perfiles e inefables ternuras. Y es que en el pueblo es-

pañol, y aquí en Castilla, que es su suma, nunca queda por debajo el fervor por el Dios Padre y por el Dios Hijo, el que se siente hacia la gran Consoladora, la Madre de Dios. Y esa constante española la podemos apreciar, desde que la historia de la imprenta española se abre con la impresión de un libro en loor de la Virgen, hasta que cuando los grandes pensadores y escritores se sienten en situación conflictiva, desde el Arcipreste de Hita al canciller Pedro López de Ayala, o Fray Luis, aquí en Valladolid, alcen los ojos al cielo en busca del regazo protector de la Virgen María. Y en cualquier extremo de la tierra y del pecado, pocos hombres pueden resistirse a la esperanza de la Virgen. Es impresionante aquel párrafo del diario íntimo de Unamuno: «He llegado hasta el ateísmo intelectual, hasta imaginar un mundo sin Dios, pero ahora veo que siempre conservé una oculta fe en la Virgen María... en momentos de apuro se me escapaba del pecho esta exclamación ¡Madre de misericordia, favoréceme...! » María es de los misterios el más dulce. La mujer es la base de la tradición en las sociedades, es la calma en la agitación, es el reposo en las luchas. Pasan imperios, teorías, doctrinas, glorias, mundos enteros, y quedan en eterna calma, la eterna Virginidad y la eterna Maternidad, el misterio de la pureza y el misterio de la fecundidad. ¡Trono de sabiduría, ruega por nosotros! Esta feliz jaculatoria de quién escribió muchas proposiciones contrarias al dogma, sirve bien para darnos la medida del general vuelco español por la devoción hacia la Virgen, Madre de pecadores y bálsamo de los afligidos. Por ello, no tiene nada de extraño que esas maternidades divinas, salidas de las manos de esa pléyade de imagineros que integran la que por antonomasia y por fidelidad, se llama «escuela de escultura vallisoletana», estén llenas de milagrosa capacidad de consuelo, y que todos

nosotros, al sentirnos menesterosos de comprensión y de caridad, corramos a ponernos bajo el velo protector de las Vírgenes calladas de nuestros artistas.

MUJERES y hombres de Valladolid, y cuantos aquí lleguéis movidos por la fe y la esperanza, o acaso sólo por la curiosidad, procurad vivir intensamente estos días de contemplación religiosa. Y procurad también que ésta no quede dominada por los intereses terrenos, aunque cada día se haga más urgente y necesario entender la conducta religiosa como servicio a la recta resolución de los problemas intramundanos. Lo teológico, lo dogmático, lo religioso, debe de ser compatible, sin perder su altura, con que cuidemos la dimensión práctica de la religiosidad, con la procura de los niveles éticos, en nuestras opiniones técnicas y en nuestros planteamientos profesionales, en nuestros cálculos y en nuestras iniciativas.

Hemos de procurar, y mucho más a las puertas del Calvario, cumplir con la exigencia de este tiempo, de nuestro tiempo, que nos hace responsables a todos los hombres, en todos los niveles y en todas las edades, a todas las conciencias en definitiva, de una suma atención para que la filosofía social no permita, por aquello de que no hay cuerpo sin alma, que la ciencia y la técnica sean la única óptica real para la vida y su destino. Es decir, que ciencia y técnica sólo encuentran su valor en la medida que constituyan un campo de ayuda para el arte de la vida, cuando sirvan para acentuar la solidaridad, que sea capaz de armonizar las relaciones espirituales, del

hombre con el hombre y con la naturaleza, en su camino hacia Dios, cuando sean instrumento para realizar lo que el hombre ahora no realiza, siempre que estén al servicio de la promoción de la dignidad humana, cuando sirvan para potenciar lo que siempre ha sido patrimonio del alma, los valores del espíritu, impidiendo puedan caer en la tentación de hacer fe de su ideología.

Lo que nos demanda nuestro sentido religioso en esta hora, no puede llegar tan sólo por expresiones externas de fervor, por muy solemnes y brillantes que sean, en las fechas de una cronología emocional impresionante. Tiene que llegar por el camino de la solidaridad humana, por la obra de todos, por una obra que no hay que dejársela confiar únicamente por vía de rezos a la providencia, ni pretender variar la esencia de la doctrina, que siempre fue Amor.

En estos momentos, en la encrucijada del mundo y de la vida en que estamos, hemos de izar la erguida bandera, levantar el mástil del barco que nunca debe hundirse, del sentido social que ha de presidir todas las relaciones de los hombres. Entre el maestro y el discípulo, entre el padre y el hijo, entre el hombre de la empresa y su colaborador del trabajo, entre nosotros y los demás.

Que estos días en que se renueva el misterio y el paradigma del drama del Calvario, nos muevan a una catarsis entrañable, de la que salgamos, por aquello de que no hay Viernes Santo sin Domingo de Resurrección, purificados, con optimismos, con el corazón en alto, con fe ilusionada,

con los nuevos problemas, con las nuevas necesidades, con las nuevas esperanzas, con los nuevos horizontes .

En la panorámica general de este mundo, que a lomos de la técnica, con frialdad se está haciendo marcadamente calculador, tenemos que procurar que no se pierda de vista el humanismo.

Tenemos que casar amorosamente a las generaciones, impidiendo que nada pueda atentar a la continuidad generacional. Es necesario, que sepamos dar el alimento, de origen y realismo, que la juventud necesita para formar el cuerpo que permita su misión en esta hora; que como en cualquier otra, por misión de juventud, es trascendental. Y si hemos de mirar hacia adelante, y mirar a través de la juventud, a nadie dejará de convenir también, y ningún escenario mejor que esta tierra, que los que otro día encarnamos la juventud, recordemos, y los que hoy la tienen, aprendan, la lección de lo que hubo de suceder hasta llegar a esta convivencia española, ya obra de todos y de la que ha de partir el relevo del futuro.

Que recordemos que ni entonces ni ahora, todo se puede resolver con frialdad calculadora. Que unos hechos son, porque otros lo fueron antes. Que una juventud, como en un nuevo drama de pasión, hubo de ofrendar a la tierra toda su hermosura, para que las juventudes de después pudieran tener un quehacer, una misión.

Para que pueda evitarse la necesidad de volver a resolver desgracias, como tuvieron que hacer los mejores mozos

de Castilla, desde Onésimo a cualquier nombre guardado sólo en la intimidad del recuerdo. Y todo para ganar la libertad del hombre, no esa libertad que Ganivet glosaba a la española, como el derecho de cada ciudadano a hacer lo que le daba la gana, sino una libertad humana, que discurra por un cauce de equidad y de igualdad, que constituyan la norma solidaria. Una norma que nos enseña estas tierras y que tiene su supremo antecedente en el Sacrificio y en los sacrificios que de él aprendieron a sucederse, de la Suprema conmemoración que en estos días celebramos.

Así queremos que vuelva Valladolid a vivir su Semana Santa, con sus hombres y sus mujeres formando una sola alma. Y las calles y las plazas, un solo templo. Que Valladolid, siempre y en estas fechas más que nunca síntesis de Castilla, tenga, en la historia, su cuna; en el fervor, su silencio; en la esperanza, su palabra.

Que la Semana Santa de Valladolid vuelva a ser vivida con ese sentido ascético y sobrio, hijo de esta tierra herreriana, de esta tierra «polvo enamorado» que formó nuestro origen y es llamada y recuerdo de nuestro final destino, rumbo a la ladera de la eternidad.

Quiera Dios que al par que las externas procesiones desfilan por las calles de la ciudad, por las avenidas de nuestros espíritus sintamos los rítmicos pasos de las íntimas procesiones, acompasando con redobles de conciencia, la purificante y gozosa andadura de la contrición, de la luz de la verdad.

HOMBRES y mujeres de Valladolid, hombres y mujeres que a Valladolid llegáis a impulsos de vuestra fe, o sólo atraídos por el fascinante y dramático espectáculo de su Semana Santa, que el Redentor en la Cruz lleve a vuestra alma, al alma de Valladolid, al Alma de España, la redención y la gloria de la Cruz.

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL

Sever-Cuesta. Prado, 10. Valladolid, 1972